

Una verdad muy eurocéntrica

Una historia de la verdad en Occidente. Ciencia, arte, religión y política en la conformación de la cosmología moderna

MAURICIO NIETO OLARTE

Universidad de los Andes, Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 2019, 592 pp.

EL LIBRO de Nieto Olarte combina dos propósitos que constituyen una gran novedad en la tradición historiográfica colombiana. El primero es escribir una historia de síntesis con pretensión universal; no se trata de algo corriente en una historiografía como la nuestra, acostumbrada a tratar asuntos propios del ámbito de Colombia y, a lo sumo, con conexiones comparativas con el resto de América Latina. El autor le ha apostado a un relato de la historia de una categoría tan compleja como la verdad, a la que le añade otras muy problemáticas como “ciencia, arte, religión y política”. El otro propósito es el de “escribir para un público amplio” (p. 21). Su libro no pretende conversar con exigentes colegas, sino con “los estudiantes universitarios” de diferentes ciencias. Ninguno de estos dos propósitos es frecuente y menos verlos juntos en un mismo libro de un historiador colombiano. Esta fuerte novedad hay que aplaudirla, por supuesto; pero, claro, también hay que examinarla aun si el autor desea evadir el cerco de la crítica especializada.

Es cierto, el libro no está escrito para especialistas. Es para estudiantes y gente curiosa; puede servir de iniciación para quienes quieran aproximarse a la historia del conocimiento en el mundo occidental. Es útil para situar autores, corrientes de pensamiento, obras, épocas, hitos. El empaque didáctico es inconfundible, abundan bellas ilustraciones, cuadros con semblanzas biográficas. La temporalidad es enorme, inicia en la Antigua Grecia con las doctrinas de Aristóteles, Platón y otros; termina en la Ilustración y los albores del siglo XIX, con el esbozo del positivismo comteano. También es cierto que, como se advierte en el prefacio, el libro ha sido escrito “sin mayores ambiciones de novedad”

(p. 22). Si se compara esta obra con viejos volúmenes de la historia universal o la historia de las ideas, el esquema expositivo es inamovible: el mundo griego, la Edad Media, el Renacimiento, la Ilustración. En fin, nada que sorprenda.

El libro es una síntesis didáctica que asume la historia de una categoría muy compleja cuyos matices no se resuelven ni se abordan en su totalidad. Un filósofo o un historiador de la filosofía le reclamará a un trabajo de esta naturaleza que no haya tenido en cuenta, en una pretendida historia de la verdad, los postulados de ciertos autores, ciertas escuelas o corrientes de pensamiento. Las advertencias de la introducción se esfuerzan por delimitar el objeto, pero en el trayecto del libro esas advertencias pierden relieve; en últimas, aunque no lo haya querido hacer así el profesor Nieto, su historia de la verdad parece ceñirse a la historia del conocimiento científico o, al menos, a ciertas formas de conocimiento.

Está organizado en cuatro partes. La primera, titulada “Cosmos”, es la puerta de entrada a la tradición filosófica griega; “las primeras concepciones cosmológicas griegas” ofrecen una base histórica a los principios filosóficos elaborados por pensadores como Platón y Aristóteles. Este inicio sirve para establecer el grado de influencia de tales filósofos en la construcción del pensamiento occidental, el peso otorgado desde entonces a la razón, a las teorías de la organización política, a la elaboración de leyes acerca del funcionamiento del universo. Uno de los matices importantes de esta parte es la valoración del influjo del mundo árabe, por ejemplo, en el conocimiento matemático, en la medicina, lo cual relativiza los hallazgos y logros de los griegos. La segunda parte, “Razón y fe”, nos introduce en la Edad Media; aquí estamos ante el encumbramiento de la doctrina cristiana como fundamento de la cultura científica. El autor explica bien cómo la institucionalidad científica y educativa, en especial la fundación de las universidades, es el resultado de la expansión de comunidades religiosas, de monasterios e iglesias que expresaron la compleja alianza de la cultura científica y la teología cristiana. Es el tiempo en que Europa presencia la consolidación de las primeras

universidades, un hecho institucional de larga historia que se prolongará más allá del espacio europeo.

La tercera parte, quizás la más detallada de todas, es un homenaje al Renacimiento. Visto como el momento de “emergencia de la cultura moderna”, este período contiene grandes sucesos abarcadores como el desarrollo de la imprenta, la expansión de los imperios, mutaciones tecnológicas en la navegación. El mundo entero es sometido a las mediciones cartográficas. Nieto incluye esta vez el estudio del vínculo entre los avances científicos y las percepciones e innovaciones estéticas, en particular en las artes plásticas. La fascinación que provoca el Renacimiento en el autor es inocultable. En contraste, la última parte del libro, dedicada a la Ilustración, parece menos atractiva y no contiene el mismo culto al detalle de la tercera parte. Su examen está concentrado en el siglo XVIII como el siglo del triunfo de la razón universal; sin embargo, para ser un período que ha merecido mayor interés en la trayectoria del autor, hay aspectos que hubiesen merecido relieve. La historia de la Ilustración contiene varios claroscuros que no son siquiera referidos en este resumen de Nieto; no hay mención alguna a los postulados de Gottfried Leibniz y menos a los de su discípulo Christian Wolff, que fue leído y seguido en el ámbito hispanoamericano; tampoco se detiene en Baruch Spinoza, que para especialistas en la Ilustración es figura central de una de las tendencias más influyentes en el pensamiento europeo. La percepción superficial que nos brinda de la Ilustración se reduce al empirismo británico y al racionalismo alemán, pero esta fue mucho más que ese par de ingredientes.

El libro sugiere el examen de los vínculos entre la historia de la verdad y el arte, la religión y la política. Si hubiese sido sistemático en el examen de esas relaciones, tendríamos muy seguramente una frondosa obra de varios tomos. Pero tales relaciones no tuvieron una exploración metódica, en eso el libro es arbitrario: cuando examina el pensamiento en la Antigua Grecia concede importancia a las teorías de la organización política en las obras de Platón y Aristóteles; pero cuando nos presenta el Renacimiento

HISTORIA		RESEÑAS
<p>no hallamos una sola mención al pensamiento político florentino de los siglos xv y xvi; menos aún alguna referencia a lo que significó, en la tradición española, la escolástica medieval en cabeza del jesuita Francisco Suárez, tradición de pensamiento que cabalgó entre la Edad Media y el Renacimiento y cuyas tesis sobre el orden político tuvieron larga presencia en Europa y la América española. Y al llegar al siglo xviii, tampoco hallamos mención a la obra de Montesquieu y su aporte a lo que iba a ser la ciencia política. En fin, la política fue un asunto tratado muy ocasionalmente a lo largo del libro.</p> <p>Ahora bien, esta historia del conocimiento en Occidente pudo haber tenido mayor conexión con la historia de lo religioso. En su estudio de la Edad Media hay una acertada síntesis del vínculo de la ciencia con la mitología del cristianismo; queda claro que es en la órbita de esa religión que fue posible un fuerte grado de institucionalización del conocimiento sobre la naturaleza y sobre el ser humano. Sin embargo, la relación entre ciencia y fe tuvo múltiples expresiones que parecen ignoradas por Nieto; la reforma luterana, por ejemplo, hizo parte de una movilización cultural que permitió la eclosión de las lenguas vernáculas y la relativización del latín, además de contribuir al ejercicio de la libertad de conciencia y a la aparición de pintores, músicos y arquitectos que no están ni siquiera someramente mencionados en el libro. Aún más, difícil entender el significado del Renacimiento, quizás la parte más densa de esta obra, sin tener en cuenta la influencia de la reforma protestante.</p> <p>También llama la atención que esta muy general historia de la verdad no tenga en cuenta el significado de la aparición de las obras literarias de Miguel de Cervantes, François Rabelais y William Shakespeare. Tan solo <i>El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha</i> informa de una mutación categórica en la sensibilidad colectiva, en la relación del sujeto con el mundo circundante; la forma de conocer y, sobre todo, de experimentar el mundo en Cervantes y Rabelais debería tener algún atisbo de comprensión en un ejercicio como este de hacer un balance de la historia del conocimiento. Como si hablar de la verdad o del conocimiento</p>	<p>científico entrañara tomar distancia de otras formas menos institucionales de conocer el mundo, o se opusiera a los supuestos desvaríos de la locura o de la ensoñación.</p> <p>Una historia de este tipo es irremediablemente eurocéntrica y así lo advierte el autor; pero el eurocentrismo puede tener matices, variantes. Tal vez en el pobre capítulo de la Ilustración hubiese cabido una perspectiva detenida de España y su tardía movilización científica del siglo xviii; incluso habría sido interesante discutir la mezcla de catolicismo e ideas ilustradas que, al parecer, fueron los componentes de lo que algunos llaman la Ilustración moderada española. Y a eso pudo agregarse cuál fue el lugar de la América española en los procesos de circulación de las teorías ilustradas.</p> <p>Pero, en fin, las carencias o excesos del libro no borran el gran logro de una historia general que testimonia el sistemático ejercicio docente del profesor Nieto.</p> <p style="text-align: center;">Gilberto Loaiza Cano</p>	